Complicados recuerdos
NO LOS ERÓTICOS

Relatos Pornográficos Imaginarios

Julio Iglesias Maudes

Complicados recuerdos no los eróticos: Relatos Pornográficos Imaginarios
Julio Iglesias Maudes

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16073-88-7

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2013 Julio Iglesias Maudes
© 2013 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo 11
Capítulo 1 15
Capítulo 2 19
Capítulo 3 31
Capítulo 4 31
Capítulo 5 43
Capítulo 6 47
Capítulo 7 65
Capítulo 8 73
Capítulo 9 85
Capítulo 10 97
Capítulo 11 107
Capítulo 12 117
Capítulo 13 127
Capítulo 14 133
Capítulo 15 137
Capítulo 16 143
Capítulo 17 153
Capítulo 18 161
Capítulo 19 171
Capítulo 20 175
Capítulo 21 183

Capítulo 22 193
Capítulo 23 201
Capítulo 24 209
Capítulo 25 221
Capítulo 26 227
Capítulo 27 237
Capítulo 28 243
Capítulo 29 253
Capítulo 30 259
Capítulo 31 269
Capítulo 32 275
Capítulo 33 279
Capítulo 34 289
Capítulo 35 297
Capítulo 36 301
Capítulo 37 307
Capítulo 38 317

Complicados recuerdos
NO LOS ERÓTICOS

Relatos Pornográficos Imaginarios

Prólogo

NO TENGO EL SECRETO DEL ÉXITO ESCRIBIENDO, pero mis temas son pegadizos sexualmente hablando. Poniendo encima de la mesa escritorio, todos los apuntes relacionados de una parte de mi vida y, por supuesto, otros apuntes más importante de la vida de mis padres, sin olvidarme en todo momento, de aquellos apuntes pornográficos llenos de fantasías eróticas, como igualmente la parte de nuestra historia vivida desde los 10 años, comenzaré a escribir este libro mucho más interesante que todos aquellos leídos a mis 40 años, no antes de satisfacerle a mi cariñosa compañera lo mejor posible, que se encontraba esperándome recostada sobre el confortable lecho completamente desnuda.

—Desde luego, conseguiré el éxito —afirmé entre dientes, apagando el cigarrillo en el cenicero de bronce, con muchos más cigarrillos que el día anterior—. Pero, es pronto para echar las campanas al vuelo…

Sin lugar a dudas y por mi bien, he intentado dejar de fumar sin conseguirlo. Desanudándome el cinturón del batín con los dedos, me lo quitaba dando el primer paso para pasar dentro del cuarto de baño, completamente desnudo mi atractivo y musculoso cuerpo, igualmente mi robusto pene aparecía en su media erección entre los sueltos testículos, algo que le satisfacía descubrir así de animado a mi cariñosa compañera, mordisqueándose los gorditos y sexuales labios, me indicaría caprichosa con la palma de la mano el lugar que debía de ocupar sobre el confortable lecho.

—Deberé de sacar todas mis fuerzas —ordené mi mente con astucia—. Para conseguir satisfacerle por completo su excitadísimo coño, impaciente mi robusto pene superando los veinte centímetros…

Con semblante serio, como tenía por costumbre, pasé al cuarto de baño adjunto a lavarme los dientes, el batín lo colgué en la percha, mientras el espejo de dos lunas reflejaba mi imagen, día a día, algo distinta pero sin arrugas señaladas, el bigote me lo había recortado a petición de mi cariñosa y desvergonzada compañera de nombre Magdalena, 20 años mayor, atractivo y esbelto su cálido cuerpo de excitantes encantos femeninos, hermosísimas tetas y her-

moso y respingón culo, sus muslos macizos ocultando lo que a la mayoría de hombres nos enloquece visitarlo profundamente siempre, en un placer imposible de olvidarlo jamás.

—Sí, los hombres somos así —entoné una sonrisa.

Su sonrisa era dulce, mientras mis labios y mis manos le acariciaban sus hermosísimas tetas y gordos pezones, produciéndole un deseo claro de satisfacción a mi atractiva y lujuriosa compañera, obedeciéndole siempre en lo que me reclamaba, encontrándome entre su cálido cuerpo, en su máxima erección mi robusta polla superando los veinte centímetros, se iba deslizando pausadamente y suavemente entre los desplegados y jugosos labios de su excitadísimo sexo hasta conseguir una satisfactoria penetración para los dos; ella, moviéndose suave al encuentro de mis firmes y profundísimos movimientos, pocos segundos después, gozaba su cálido acelerado y caudaloso orgasmo, aceptando igualmente mi copioso éxtasis dentro de su empapada y palpitante vagina, como algo maravilloso y exquisito amándonos sin límites.

—¡Oh, necesitaba gozar así mi caudaloso y satisfactorio orgasmo, expulsando el semen de tu éxtasis dentro de mi ardiente coño, como jamás lo conseguiste, apreciado Emilio! —lograba articular Magdalena, rodeándome con sus preciosas piernas la espalda, impidiéndome que me retirara, me comunicaba suave que necesitaba mucho más placer su tembloroso y cálido cuerpo para sentirse completamente satisfecha.

—Deseaba oírtelo decir caprichosa y, creerme que me siento decidido a conseguirlo a mis 40 años, apreciada Magdalena.

Desde luego, sabía que no era el primer hombre que la había satisfecho sin condiciones su excitadísimo y opulento sexo, igual que sabía que se masturbaba empleando un consolador de un tamaño superior a los veinte centímetros, pero como deseaba hacer las cosas bien en el amor, provocándole otro caudaloso y satisfactorio orgasmo a mi desvergonzada zorra compañera; ahogando sollozos y suspiros de placer y de lujuria, insistiendo en mis continuados movimientos follándomela frenéticamente, expulsando mi siguiente semen de mi éxtasis dentro de su empapadísima vagina; ella, alabándome mis méritos sexuales y descubriendo que continuaba robusto mi palpitante pene en los veinte centímetros, su sonrisa era sexualmente caprichosa a sus 60 años, mientras se llevaba a sus chupones labios mi pringosa polla para disfrutármela caprichosa hasta provocarme este otro éxtasis dentro de su habilidosa boca.

—Sinceramente, estuviste exquisitamente devoradora, aun qué la próxima noche, no me conformaré con solo satisfacerte tu excitadísimo coño, pues sé que estás deseando ofrecerme lujuriosa en cada momento del día y de la noche tu hermosísimo y respingón culito a satisfacértelo sodomizándotelo sin límites, desvergonzada calentona.

—Nadie te lo impedirá, incluso podrías intentarlo en este momento, antes de perder el calor y la potencia tu robusto pene superando los veinte centímetros, Emilio —concordó escurridizo su cálido cuerpo como un pez caprichoso fuera del agua, pero confiada de lograrlo.

—Sí, posiblemente lo conseguiría con éxito en este satisfactorio momento, gracias al comprimido fortaleciente, que sabes que me aconsejó el médico para continuar respondiendo lo suficiente potente a mis 40 años para conseguir satisfacerte, amándonos tanto como lo necesitamos los dos, Magdalena —le propinaba dos sonoros azotes en sus respingonas nalgas.

—Prefiero no contestarte, Emilio —continuaba ocupada su boca con mi robusto y palpitante pene, sorbiéndome generosa aquellas últimas gotas de semen que conseguía sacarme de los cojones.

—Sigues siendo una desvergonzada zorra y sabes que me vuelves loco por conseguir siempre satisfacerte por completo, empleando toda mí potencia como hombre que responde sexualmente y virilmente, caprichosa Magdalena.

—A pesar mío, lo reconozco, Emilio.

—Sí, como reconozco que, somos tal para cual, Magdalena.

—Sí, igualmente siempre lo he sabido, Emilio.

Y, por supuesto, volvimos a conseguir gozar este otro caudaloso y satisfactorio completo éxtasis los dos, besándonos ansiosamente en la boca, dándome ánimos Magdalena para superar a todos los otros conseguidos desde antes de cumplir mis 18 años, el placer era erótico.

—Lo has conseguido y, esto no me molesta, Emilio.

—Pensaré en ello, durante todo el día de mañana, Magdalena.

—Deseaba oírtelo decir, Emilio.

—No me mientes, Magdalena.

—Solo un poco, Emilio.

Capítulo 1

EL PUEBLO NOS LO IMAGINAREMOS ENTRE OTROS MUCHOS, pequeño y muy frío en invierno, con casas viejas y menos viejas, pero todas centenarias. En la parte alta del pueblo, la plaza del ayuntamiento y la iglesia, destacando la piedra en la construcción de la iglesia y en el campanario, daban su característica de un pueblo castellano y romano con tejas árabes. En el bar casino del pueblo, esta noche del sábado del crudo invierno, la partida de cartas prometía ser interesante, por las persones que la compartían. El señor Alcalde, el cura y el cabo de la Guardia Civil, sin olvidarme del señor Miguel, el dueño de la mejor finca al cultivo del vino y la remolacha, como también las otras menos rentables, que se podían contar con los dedos de una sola mano todas, en la ribera del río Duero.

—Que no falte el queso —advirtió el señor Miguel, al mozo que hacía de camarero—, y llena de nuevo la jarra de vino...

No obstante, se encontraban dos familias de obreros ferroviarios en el pequeño y frío pueblo, cumplidores y apreciados. Volviendo al bar casino, consumiendo algún que otro vaso de vino y un trozo de queso más los cuatro, que pagaría el que ganara la partida, tocando las doce de esta noche fría de invierno, daban por finalizada la partida, quien la ganó como todas cuantas habían jugado a lo largo de muchísimas noches del sábado, con distintas personas del pueblo, limpiamente fue el señor Miguel.

—Nos permitirás la revancha, el siguiente sábado, Miguel.

—Por supuesto, señor Alcalde.

La noche era cerrada y fría, amenazando nieve el leve viento. Se subió el cuello de la pelliza el señor Miguel, antes de subirse a su carro de tiro con el toldo puesto dentro del establo, la manta que le cubría al caballo se la dejó puesta, igualmente se cubrió con otra manta la espalda hasta los pies y, antes de pedirle que le llevara a su finca, comprobó que se encontrara su escopeta con los dos cartuchos listos para dispararlos, de sorprenderle algún lobo o alimaña de dos piernas, que quisieran adueñarse a la fuerza de lo ajeno.

—Sí, hombre precavido, vale por dos —anunció con un movimiento leve con las riendas, convencido de que le había entendido su caballo.

No presumía de ser un hombre fuerte físicamente, pero siempre había sabido defenderse de cualquier individuo malnacido, incluso, no vacilaría un segundo en apretar el doble gatillo de su escopeta de caza si fuese necesario para defenderse en esta fría noche regresando a su finca. Divisando luz en el molino, en las afueras del frío pueblo, al oír voces subidas de tono el señor Miguel, detenía su carro de tiro y empuñaba su escopeta por si necesitaba su colaboración el molinero para defenderse de la persona, que podía distinguir amenazándose mutuamente con una escopeta de caza en las manos. Alzando la voz, les pedía comprensión a los dos, volviéndose hacía él desconocido raposo individuo, aprovechando este descuido el molinero disparó su escopeta de caza y le perforó el pecho y el corazón al confiado raposo individuo, dándole descuidadamente la espalda.

—Esto es lo que se merecen todos los raposos comunistas y, de no coincidir con mis ideas políticas, desaparecer de mi línea de tiro, antes de que apriete el otro gatillo de mí escopeta, señor Miguel.

—Quisiera que comprendieras pasivamente, que es un asesinato lo ocurrido y, para asegurarme que vas a entregarte al cabo de Guardia Civil del pueblo, he de desarmarte, Simón —le bridaba la voz del frío, pero mantenía seguro su escopeta en línea de tiro más avanzada que la del molinero en su mano.

—¡Al diablo, estúpido falangista de mierda! —bramó Simón, apretando el segundo gatillo de su escopeta de caza, décimas de segundo después, de apretar el gatillo de su escopeta el señor Miguel.

—Sé perfectamente, que me he adelantado, Simón.

Pues no, no había fallado el certero cartucho del señor Miguel y, podía ver como se doblaba dolorido de muerte el molinero hasta derrumbarse como un saco de patatas a los pies del raposo comunista, no satisfecho de su intervención el señor Miguel, dando unos pasos hacia los cadáveres, tomando en su mano la escopeta del raposo comunista hizo un disparo al aire y, luego, volvió a dejar la escopeta en el mismo lugar y sobre la marca de la nieve.

—Si algo he aprendido en esta difícil vida, es precisamente diferenciar a los mal nacidos, hijos de puta que andan sueltos —retrocedió por sus mismos pasos hasta subirse a su carro de tiro, amenazando el tiempo más nieve, se abrigó con la manta.

Reanudando la marcha el caballo, extrajo de la escopeta el cartucho usado e introdujo otro para poderlo usar en su momento, decidido a pasar por alto lo sucedido, sabía que continuando nevando las huellas desaparecían y nadie le señalaría con el dedo del fatal desenlace con el indeseable molinero señor Simón.

—Me asusta lo sucedido, porque negarlo.

Capítulo 2

EL INVIERNO DIO PASO A UNA PRIMAVERA, agradable en toda la ribera del río Duero. El señor Miguel, después de su acostumbrado paseo de los domingos por los viñeros, abriéndole el apetito el paseo, consumía su primer cigarrillo del día, que arrojándolo al suelo con la punta de la bota suavemente aplastó la colilla encendida, recordando que su segunda esposa le tendría preparado el almuerzo, seguro de sí mismo, con pasos seguros de hombre equilibrado castellano, incluso en lo político sabía elegir aceptadamente su partido a sus 40 años.

—Daré por finalizado este agradable paseo de los domingos —se juicio a sí mismo, el señor Miguel.

Su segunda esposa: Berta y, su chica, fruto de la su difunta primera esposa de nombre Lucía, le esperaban terminando de preparar la mesa, instalada en la cocina, comunicándose por el arco con el comedor, en la parte baja de la Casona, construida en parte de piedra y ladrillos cocidos en hornos romanos de carbón. El muro que rodeaba todo el círculo que protegía a la Casona y, la otra vivienda del capataz de la finca; como el establo y la bodega, incluso el pajar y el granero, era en buena parte de piedra y adobes calados de blanco.

—Veamos, querida esposa… sí, como están de bien hecho, el tocino magro y los huevos fritos —balbuceó el esposo, sin olvidarse de palparle suavemente sobre la bata y las enaguas su hermoso culo a su segunda esposa, costumbre que continuaba teniendo a sus 40 años.

—Las manos quietas, Miguel —sugirió su esposa, la señora Berta, siguiéndole la broma la chica de él, acabando de poner la mesa, donde no faltaba el porrón de buen vino tinto—. Y, lávatelas, antes de sentarte alrededor de la mesa…

—Sí, ahora mismo me las lavo, Berta.

Lucía, hacía 10 días que había cumplido 18 años, esbelta y bonita de cara, aunque la ropa no le favorecía, se podía considerar atractiva para cualquier hombre o muchacho en sus mismos o más años, entendido en hembras de casta castellana. No obstante, no había salido jamás con chicos sola, es más,

desde que dejo el colegio con 14 años no había hablado con ninguno de ellos, por el poco tiempo que tenía libre, al llevar las cuentas y los libros de la finca. A todo esto, su madrastra siempre le recordaba a su primo Manolo, viudo con una chica que había adoptado antes de fallecer su esposa de una pulmonía que arrastraba penosamente desde pequeña.

—Esta próxima fiesta, he decidido acercarme al pueblo y, de pedirme un baile un guapo muchacho, desobedeciendo a vuestros consejos, se lo concederé gustosamente, sin preguntarle si sus padres son jornaleros, o bien, propietarios de la finca en la que trabaja como agricultor —se lo hacía saber a su padre Lucía, completamente decidida a empezar a ser algo más libre a sus bien llevados 18 años, algo que sabía que le sería casi imposible, en su tono de voz vacilante.

En absoluto silencio transcurrió el almuerzo, distinto para cada uno de la familia, aunque de vez en cuando cariñosa Lucía, les mostraba una cautelosa sonrisa a ambos, no quería reconocer el derecho de su padre a casarle con el hombre que sería su esposo ante Dios. Sencillamente, a toda persona le llena de satisfacción, sentirse libre para escoger a su esposo. Así pues, mientras seguía pensando silenciosa, hizo una mueca de aburrimiento cruzando los brazos sobre el mantel descolorido, cubriendo la mesa de la cocina. Mirando a la ventana, a través de las cortinas floreadas, apreciaba el sol radiante y el movimiento de las hojas de los árboles al fondo, que pertenecían como otros muchos a la ribera del río Duero.

—Sí, me gustaría echarme un novio, joven y guapo para pasearnos cogidos del brazo los domingos saliendo de misa y, luego, acompañándome hasta la finca, despidiéndonos hasta el próximo domingo, me besara dulcemente en los labios, abrazándonos bien pegados contra muestro cálido cuerpo —añadió finalmente Lucía, sorprendiéndoles a los dos, aunque le sonrió tibiamente su madrasta, igual como lo intentó a dudas su padre.

A continuación, contemplándose un corto rato prudentes los tres, poniéndose de pie Lucía, mientras el sol a través de la ventana y las cortinas resaltaba su rostro, entrándole ganas de abandonar la Casona corriendo entre los viñeros hasta terminar en la orilla del río Duero, llena de ilusiones y fantasías sexuales su cabeza por vivirlas, aun desobedeciendo a su padre necesitaba conocerlas a sus 18 años.

—Bueno, estamos de acuerdo, en que elijas al hombre que será tu esposo ante Dios. Pero nada perderás en conocer primero a tu primo Manolo, como a

su adoptiva chica y, luego, de consultarlo cautelosa con la almohada, cada uno que cargue con su mochuelo a cuestas por mucho que le pese, Lucía —confirmó abiertamente y suavemente su padre, poniéndose de pie sin utilizar las manos, que empleaba para encender la cerilla de madera para encender el cigarrillo liado a mano, que sostenía en la comisura de los labios, apareciendo iluminado su rostro con cierta preocupación.

—Procuraré ser prudente, en la elección de mi futuro esposo, pues es algo que toda persona debería de tener en cuenta ante Dios, queridos padres —sonrió cautelosa Lucía, apareciendo un brillo en sus ojos avellana claro, fácil de comprender en los de sus padres.

Luego, desapareciendo por la puerta cautelosa, echó a correr entre los viñeros que la conducían hasta el río Duero, la primera mañana de verano en toda castilla. Se sentó sobre la maleza y bajo la débil sombra de los árboles de la ribera del río, con su mirada risueña. En su interior, obviamente el amor había pasado por alto y, sin embargo, se sentía atraída por conocerlo y gozarlo hasta su extasiado placer, con el primer muchacho atractivo y agradable que se lo ofreciera desinteresadamente, con su deslumbrante cariño y ternura a sus bien cumplidos 18 años.

—Ciertamente, sé lo que necesito y, porque ignorarlo, siendo joven llena de ilusiones románticas y obviamente llena de vida a mis 18 años —sonreía caprichosamente ilusionada Lucía, mientras al estar sentada sobre la maleza, descuidadamente se dejó caer suavemente de espaldas.

Naturalmente, en este movimiento el viento desnudaba sus piernas hasta los preciosos muslos y, separándolos pausadamente, el fresco del agua del río llegaba hasta su sexo, cubierto por una braguita de algodón; ella por su parte, no hizo nada por bajarse el vestido ni la combinación y, sonriendo a lo largo de todo este tiempo, tenía que reconocerlo, siempre había sido una chica de temperamento caliente y necesitaba tranquilizarse a menudo masturbarse hasta provocarse ella misma el placer con los dedos y la imaginación sexual sostenible en su mente. Bueno esto también pertenece a la libertad de una persona, en su derecho de masturbarse para tranquilizarse sin comprometer a nadie de su buena familia. Suspiró mirando a su alrededor Lucía, descubriendo que todo era silencio y solo el ruido del agua y el canto de los pájaros, se confundía con la suave brisa que se había levantado y movía las hojas de los árboles, respiró pasivamente caprichosa.

—Sé que necesito masturbarme, sí lo sé, como el aire que necesito respirar, día a día y, en cada segundo —reconocía Lucía, con una clara sonrisa en sus gorditos labios y la mirada perdida en la imaginación.

Así pues, tensando pasiva su atractivo y esbelto cuerpo sexualmente, reconociendo lo que necesitaba hacer para sentirse tranquilizada, aun comprendiendo que no debía hacerlo, por si algún muchacho le pudiera sorprender masturbándose y, luego, quisiera abusar de sus debilidades sexuales, ofreciéndose voluntariamente a los brazos del muchacho de ser guapo y, sobre todo, viril como tantas veces soñaba con un hombre así, que la hiciera mujer con toda su potencia varonil a sus 18 años y, por supuesto, consiguiendo que gozara su caudaloso y satisfactorio orgasmo, expulsando suave el semen de su copioso éxtasis dentro de su empapada vagina el muchacho, aun reconociendo el riesgo de dejarle embaraza el vigoroso muchacho a su 18 años.

—Me apetece en este maravilloso momento, sentirme satisfecha masturbándome desvergonzadamente, como lo vengo haciendo desde bien pequeña en solitario —comentó para sí misma Lucía, olvidándose de todo cuanto se encontraba a su alrededor, ni tampoco en el lugar que se encontraba con los ojos cerrados y la mente emocionada.

Por supuesto, no le era difícil reconocer que lo necesitaba, pues se sentía emocionada mientras volvía a entornar sus ojos avellanados claros, maravillosos le decía su padre, contemplándoselos cuando Lucía, le pedía algo que su madrastra le había negado rotundamente y, sin embargo, la adoraba desde pequeña, refugiándose siempre entre su cálido cuerpo, en un cariño tan dulce y tierno que las llenaba de satisfacción a las dos, en cualquier momento del día y de la noche, permitiéndole que ocupara su confortable cama, alguna que otra noche.

—Sí, gracias a Dios, no me puedo quejar, nos queremos sin ocultarlo, aceptando mis atrevidos besos desde bien pequeña dentro de un orden familiar, incluso encontrándonos completamente desnudas las dos y, permitiéndolo mi padre satisfactoriamente, igualmente completamente desnudo, sin pudor alguno ninguno —lo recordaba sonriendo serena, continuando unos instantes mirando cómo se movían las hojas de los árboles: luego, miraba de nuevo a su alrededor, no descubrió a nadie que pudiera sorprenderle masturbándose.

Considerándose afortunada al tener tanto espacio para sí misma, se echó a reír más atrevidamente y desvergonzadamente; así, mientras se desabrochó

los botones del escote del vestido, recordaba las veces que quiso olvidarse del sujetador y continuaba usándolo y, sin quitárselo deslizó los dedos y la mano izquierda para acariciarse sus hermosos senos y los amplios pezones, que los descubría cálidos y firmes como de costumbre. Obviamente, se estaba acalorando en un leve suspiro, acariciándoselos suavemente sus habilidosamente dedos iban creciendo de tamaño y, necesitaba mordisquearse suavemente los carnosos labios para ahogar más libre un satisfactorio sollozo.

—¡Oh, qué atrevida y viciosa me vuelvo, día a día, descubriendo mis debilidades lujuriosas y morbosas a mis bien llevados 18 años! —reconocía satisfactoriamente Lucía.

Naturalmente, siempre comprendiendo que no estaba bien lo que hacía, pero no pudiendo evitarlo, algo más decidida con la otra mano libre, se acariciaba sus preciosos muslos hasta impedirle el avance la braguita; así, entrando los dedos por los extremos de la prenda y abriéndose más de piernas, todo era mucho más satisfactorio en su cálido y atractivo cuerpo, acelerando los movimientos en círculo sobre el inflamado y excitadísimo clítoris, a los pocos segundos gozaba su deseado y caudaloso orgasmo, ahogando gemidos y suspiros como si fuese una niña a sus 18 años.

—Sí, en este maravilloso momento, necesitaba tranquilizarme por completo así, masturbándome en solitario mi excitadísimo coño y, lo seguiré haciendo satisfactoriamente, como tampoco desaprovecharé la primera ocasión de caer en los brazos de un guapo muchacho, decidido a convertirme en mujer a mis 18 años —respiraba hondamente Lucía, sin apartar los ojos de las ramas y las hojas de los árboles que le protegían, descubriendo en sus gorditos labios una atrevida sonrisa, habilidosamente sus dedos sabían cómo espaciar suavemente los jugos orgásmicos de su caudaloso y satisfactorio orgasmo por los abultados y palpitantes labios vaginales.

En este momento tan exquisito y satisfactorio para Lucía, todavía sonriendo atrevidamente desvergonzada, se abrochaba dos botones del escote del vestido y, cuando se reponía la parte de abajo, miró rápidamente hacía donde había oído el ruido de pisadas hechas por una persona con botas recias de caza. Los ojos del muchacho miraban directamente sus preciosos muslos, que todavía desnudaba el vestido y la combinación hasta algo más arriba de sus medias sin liguero; ella, sin decidirse a deslizar hacia abajo ambas prendas y sin abandonar su posición sobre la maleza, continuaba en silencio y podía descubrir, que en los siguientes segundos que le parecieron horas, necesito sonreírle

cautelosa al muchacho, sin decir esta boca es mía, le continuaba devorándole con los alegres ojos sus preciosos muslos todavía sin cubrírselos el vestido ni la combinación.

—Sí, mejor si pasa de largo el guapo y atractivo muchacho —pensó entre dientes avergonzadamente Lucía, descubriendo que al muchacho le acompañaba un perro de caza, pero no llevaba escopeta el muchacho.

Sin duda alguna, el muchacho lo había visto todo y, cogió algo del suelo y, cuando lo lanzó con fuerza, el perro salió corriendo detrás del trozo de rama seca, al tiempo que se decidía a saludarle a Lucía, asegurándole que hacía un rato que paseaba por la orilla del río Duero. Naturalmente; ella, tratando de tranquilizarse, reconocía que debería avergonzarse de lo sucedido. No obstante, quiso confundirlo todo y le llamó mirón al guapo y atractivo muchacho.

—Reconócelo, muchacho... sí, eres un mirón obsesionado.

—Bueno, debo de reconocerlo que un poco siempre lo he sido, pero quizá hubiese podido colaborar para con seguir una satisfacción más completa, masturbándote mis habilidosos dedos y besándonos en los labios, apreciada caprichosa muchacha —asintió el muchacho, tragando algo más de saliva sin perder su amplia sonrisa.

—Verdaderamente, preferiría que me dejaras sola —agregó Lucía, sin todavía bajarse el vestido ni la combinación, incluso sonriendo algo mucho más caprichosa—. Sí, con el corazón en la mano, te agradecería sinceramente que desaparecieras, atractivo y guapo muchacho...

—Estás segura, de desearlo, así, sin más ni más, guapa muchacha...

—Sí, completamente y, no hace falta que sigas fingiendo, por qué sabes que acabo de satisfacerme exquisitamente con los dedos de una mano y mi imaginación sexual hasta provocarme mi deseado caudaloso y satisfactorio orgasmo, guapo muchacho —replicó cautelosa Lucía, permaneciendo así un rato, tratando de descifrar detenidamente los deseos ocultos del guapo muchacho; alto, corpulento como tantas veces necesitó descubrirlo en sueño.

Después de una breve pausa, ambos moviendo la cabeza necesitaron pensar en muchas cosas; ella, apretó los gorditos labios sin llegar a descubrir lo que realmente quería descubrir en el guapo muchacho hacía su persona y, como algo tenía que preguntarle, necesitó saber todo cuanto había observado mien-

tras se masturbaba en solitario, pero cautelosa sin pretenderle provocarle lo más mínimo al muchacho sexualmente sus habilidosas palabras.

—Bien: qué me dices al respeto de mi persona, aun qué reconozco mi torpeza de haberme masturbado desvergonzadamente aquí, al aire libre y cerca del río Duero —lograba articular Lucía, ocupados sus alegres ojos en recorrer la entrepierna del muchacho.

—Bueno, algo he visto de tus encantos femeninos, pero si vuelvo por aquí, no pienso conformarme con sólo mirar cómo te masturbas con los dedos hasta conseguir provocarte tu deseado caudaloso y satisfactorio orgasmo, desvergonzada caprichosa muchacha —aseguró el muchacho, con sus amabilidades visibles en su atractiva y misteriosa sonrisa, encontrándose igualmente en los 18 años.

—Date por satisfecho, que todavía te permita admirarme algo de mis preciosos encantos femeninos, sin decidirme a bajarme el vestido y la combinación, ofreciéndote casi visibles mis preciosos muslos hasta las medias sin liguero, sinverguenza —asintió precipitadamente Lucía, mientras se miraban detenidamente, cada uno en el lugar preferido de su interesante cálido cuerpo.

El silencio duró, unos instantes más que el anterior, el muchacho de pies, continuando admirando todo cuanto le permitía ver de sus preciosos muslos; ella, mientras los separaba y los juntaba sin dejar de sonreírle con cierta ligereza de humor sexual, igualmente continuaba admirando la entrepierna del muchacho, pues dejaba claro que era un muchacho potente. De hecho, el tamaño del bulto de los pantalones lo dejaba mucho más que claro, mientras que su rostro era atractivo igual como el de Lucía. Después de tragar algo más que un poco de saliva el muchacho, mirando a su alrededor, quiso despedirse lo mejor posible.

—Como tengo que regresar a mi trabajo, antes de despedirnos, me gustaría saber cómo te llamas... sí, yo me llamo: Ricardo.

—No me insinuarás, que piensas pedirme en compromiso a mis padres y necesitar conocer mi nombre primero para llevar hasta su final este critico momento, sinverguenza —bromeó Lucía, mirándose más detenidamente a los ojos los dos; luego, el muchacho miró en dirección al camino por el que había desaparecido el perro de caza; ahora, apareciendo con el trozo de rama seca entre los dientes.

—Seamos sinceros; pues, sabes que tengo entre las piernas lo que necesitas disfrutarme y; además, me he prometido a mí mismo, compartirlo voluntariamente contigo —replicó suavemente Ricardo, mientras tomó el trozo de rama de los dientes del perro; luego, cuando lanzó de nuevo la rama seca, desapareciendo el perro en su busca, entonces se arrodilló a su lado—. Y, aunque no me contestes con un sí, a todo cuanto te he ofrecido, así será, apreciada muchacha.

—No me lo pongas difícil, Ricardo… Y, sencillamente, quisiera rogarte que dejaras de devorarme los muslos, despidiéndonos hasta nunca.

—Entonces ofréceme un beso en los labios de adiós y, nos olvidaremos de todo, como que nos hemos conocido inesperadamente alucinados, prima Lucía —aclaró abiertamente Ricardo, procurando ser mucho más cariñoso.

—Me estaba preguntando en silencio, cuanto ibas a tardar en hacerme saber lo sinvergüenza que eres, primo Ricardo —insistió Lucía, igual de cariñosa su sonrisa.

—De llamarme sinvergüenza, lo acepto ya que deseo demostrarte mis sentimientos sexuales hacía tu persona; ahora, sin perder más tiempo hablando, satisfaciéndote como lo reclama tu atractivo y cálido cuerpo con urgencia, así pues, de permitírmelo puedo empezar a desnudarte tus lugares más excitantes femeninos, prima Lucía.

Lucía, no le contestó y, en cierto sentido, estas excitantes y lujuriosas palabras de labios de un guapo y atractivo muchacho, la tranquilizaban. Las hojas de los árboles, reflejaban los rayos del sol en el agua del río Duero, mientras se quitó la camisa mostrando su torso musculoso con poco vello Ricardo; ella, le observó unos instantes hasta des cubrir que se bajaba los pantalones, mientras sin obligarle nadie a hacerlo, se bajaba la braguita de algodón y se desabrochaba los botones del escote del vestido; así, es como esperaba le acariciara sus hermosísimos pechos sin retirarse el sujetador, jugando con los rebeldes pezones los habilidosos dedos de Ricardo, creciendo en excitación se mordisqueaba sus gorditos labios impaciente Lucía.

—No te entretengas mucho, Ricardo —murmuró Lucía, tembloroso su atractivo y cálido cuerpo—. Sí, por sí alguien, pudiera descubrirnos gozando del amor al aire libre.

—Quiero hacerlo suave y bien, para que todo resulte satisfactorio, conociéndonos sin condiciones, Lucía —asintió cautelosamente Ricardo, adelantándose sus cálidos labios a besarle sus hermosísimos pechos y amplios pezones, comunicándole inmediatamente su amor hacía todos sus encantos femeninos, que no eran pocos los que deseaba satisfacerle sin límites, siempre y cuando, se los ofreciera voluntariamente su atractiva y esbelta prima—. Sí, acariciándote primero parte de tus excitantes encantos femeninos tanto como lo necesitemos los dos, con las manos los labios y la lengua.

—Eso deseo también, Ricardo —ahogaba un sollozo Lucía, llegando con sus manos hasta la abertura de los calzoncillos, dirigiendo una alegre mirada a lo que descubría dentro, despierto y ansiado, debido a lo hermoso que era su robusto pene, necesitó hacérselo saber llena de emociones sexuales—. Sinvergüenza, tienes una robusta polla apetecible y robusta, como nunca me hubiese imaginado en un muchacho, no siendo cubano y de color canela con 18 años.

—Qué chiquilla eres, prima Lucía —bromeó Ricardo, al besarse en los labios por primera vez y largamente, mientras habilidoso se iba acomodando entre las piernas de ella, que separaba voluntariamente todo cuanto le era posible—. Y hasta sospecho, que esta es la primera vez que deseas ofrecerte a un muchacho a satisfacerte sin condiciones tus excitantes encantos femeninos.

—Prefiero no contestarte, Ricardo.

A continuación, sin desnudarse más ropa Lucía, pero con el vestido y la combinación, lo suficiente subido para poder gozar así, del amor por primera vez ambos jóvenes; ella, satisfactoriamente se estremecía sin mover su plano vientre ni su redondas caderas, recibiendo su deslizante y jugoso sexo el orgulloso y robusto pene, en un deseo puro por parte de los dos; ella, superando emocionadamente al encuentro de la deseada penetración, culminándose exquisitamente le suplicaba al muchacho, que se moviera despacio para satisfacerle con mucha ternura y amor convirtiéndole suavemente en mujer a sus 18 años, para recordarle siempre, como al primer muchacho que consiguió satisfacerle con cariño su cálido y estremecedor cuerpo de casta castellana.

—Quiero que sepas que te quiero, Lucía.

—Yo también te quiero, Ricardo.

—Entonces, nos casaremos.

—Eso luego, lo decidiremos, sin vergüenza.

Su sonrisa de satisfacción plena, hizo que se moviera más deprisa follándosela potente Ricardo, para que consiguiera que gozara su caudaloso orgasmo en el menor tiempo posible, por si alguien les pudiera descubrir así, gozando del amor al aire libre. Lucía, ahogando un sollozo de triunfo, se desbordaba en su primero satisfactorio orgasmo y convertida en mujer a sus 18 años, mientras palpitaba su robusta verga en los veinte centímetros dentro de sus cálidas carnes, igualmente le comunicaba en oleadas de placer su ardiente deseo de recibir en su empapada vagina el fuego del éxtasis, acompañándole en sus movimientos y apretando sus hermosos pechos al torso del muchacho, relajándose abrazados unidos, el uno dentro del otro, sin pronunciar palabra alguna, el amor se culminó en el más enriquecido y satisfactorio de los placeres sexuales conocidos, convirtiéndose en amantes desde este satisfactorio momento conociéndose amándose satisfactoriamente sin condiciones los dos, como tantas veces lo había soñado Lucía, abrazando con las piernas la almohada de su lecho.

—¡Oh, jamás a mis 18 años hubiese imaginado algo así, de satisfactorio y maravilloso, gozando una robusta y hermosísima polla dentro de mi excitadísimo y hambriento coño, que pudiera a su vez, tranquilizarme mi ardiente cuerpo, apreciado primo Ricardo! —lograba articular Lucía, tembloroso todo su atractivo cuerpo.

—Sí, sólo el cielo, es testigo de nuestro amor, Lucía.

No podía pensar en otra cosa, que el placer era puro entre los dos y, después de unos instantes, calmadas las oleadas de placer, dejándole libre los brazos ella, necesitó quitarse los calzoncillos Ricardo para exhibirse completamente desnudo ante las alegres miradas de Lucía, medio caprichosa y sonriendo algo más que caritativa, siguiendo admirando el robusto pene palpitando en erección, no alzado pero hermoso entre los sueltos testículos; ella, indecisa de hacer algo que tampoco nunca había disfrutado de ningún hombre ni muchacho, recorría con los dedos todo lo largo y grueso su robusta polla hasta masajearle suavemente los sueltos testículos con todos los dedos de ambas manos y mordisquearse los gordito labios satisfactoriamente, con un solo deseo sexual en su mente, de disfrutársele todo en este emocionante momento y ansiosamente con los labios y la lengua.

—Bien, que me dices, querida y caprichosa prima —musitó casi como si hablara Ricardo—. Sí, como he respondido, satisfaciéndote tu excitadísimo y palpitante coño follándotelo sin condiciones.

—Ciertamente, eres todo un hombre con 18 años, Ricardo.

—Sólo eso, Lucía.

—Bueno, puedo disfrutarte tu hermosa y robusta polla, empleando los labios y la lengua durante un tiempo razonable, siempre y cuando me prometas ahora mismo, qué lo guardaremos todo en secreto, apreciado sinvergüenza —continuaba acariciándole cariñosa los sueltos testículos, suavemente y mordisqueándose los sexuales labios.

—Sí, por favor, Lucía... Disfrútame un poco así...

Sencillamente, sin pronunciar más palabras, voluntariamente acercó sus gorditos labios para degustarle con la lengua su pringoso y robusto pene y, luego, algo más atrevida se lo entró todo dentro de la boca, ensalivándolo y moviendo los chupones labios, como insistía y no le molestaba al sinvergüenza de su primo, igualmente voluntariamente aceptaba con una sonrisa llena de misterios por conocer lo desconocido hasta este momento de los hombres, que expulsando el semen de este éxtasis que le provocaba dentro de su boca a sus 18 años, necesitó llamarle cabrón, pero sin soltarle los sueltos testículos y aceptando, que continuara ofreciéndole el resto del semen dentro de la boca.

—Desde luego, no olvidaré este primer encuentro conociéndonos sin condiciones y sin límites, Lucía —musitó desvergonzadamente Ricardo, continuando disfrutando su casi fláccido pene los chupones labios de su caprichosa prima—. Y, de desearlo, permiso tienes para provocarme otra sustanciosa corrida dentro de tu boca.

—Sí, deseo provocarte otra corrida, porque igualmente deseo hacerte feliz tantas veces como me sea posible, ofreciéndote a satisfacerme todos mis excitantes lugares de mi ardiente cuerpo, pero de desearlo en otro momento y lugar más discreto de la finca, apreciado Ricardo —asintió suavemente Lucía, subiéndose la braguita de algodón, después de abrocharse los botones apresuradamente del vestido.

—De acuerdo y, cuando quedes embarazada, nos casaremos, porque jamás dejaré de demostrarte mi cariño puro, haciéndote intensamente dichosa, apreciada caprichosa prima Lucía —agregó Ricardo, al tiempo que se subía los calzoncillos y los pantalones.

—La verdad ante todo, prefiero no quedarme embarazada tan pronto, sin embargo, quiero que comprendas que no le ofreceré a ningún otro muchacho

mis excitantes encantos femeninos a satisfacérmelos su robusto pene nunca jamás, apreciado Ricardo —conseguía aclarecérselo desvergonzadamente Lucía, abrazándose y besándose largamente en la boca, incluso necesitaban morbosamente degustar el agridulce sabor sexual mezclado con su saliva.

—Bueno, puedo acompañarte hasta la Casona.

—Compréndelo, es mejor que de momento, nadie descubra lo nuestro y, además, quisiera que fuese un secreto entre nosotros dos lo sucedido conociéndonos, apreciado primo Ricardo —le pedía ella, mientras una amplia sonrisa se dibujaba en sus gorditos labios y, luego, le permitió que le besara como despedida en la boca, acariciándole sus redonditas y respingonas nalgas bajo el vestido y la combinación, pero sobre las braguitas de algodón.

—Lo que quieras, Lucía.

—Sí, será así, Ricardo.

—Sí, claro será así —repitió indeciso, precisamente separando las piernas gradualmente Lucía, permitiéndole que deslizara los dedos por los extremos de la braguita, incluso que los deslizara suave por el pronunciado hueco de su hermoso culito que se lo partía en dos; así, besándose en los labios más satisfactoriamente, comprendía Ricardo, que hubiese podido sodomizárselo de haberse atrevido a proponérselo con mucha más lujuria que amor, pero mejor saber esperar otro momento menos comprometedor para los dos y, prosiguió su frase, desuniendo sus cálidos labios—, sí como debe de ser, Lucía.

—Sinceramente, nunca me hubiese imaginado, tener un primo tan sinvergüenza, como conquistador, Ricardo.

—Podría decir lo mismo, Lucía.

—Lo sabía. Sí, lo sabía…

Capítulo 3

AL DESPEDIRSE CON LA MANO ALZADA, jamás olvidaría este maravilloso momento vivido satisfactoriamente entre los dos, como si fuesen amantes, Lucía se sentía absolutamente responsable de todo cuanto había sucedido conociéndose íntimamente amándose los dos, después de haberlo perseguirdo sexualmente y mentalmente, lo había conseguido en estos escasos minutos, sin embargo, caminaba distraída y como sonámbula entre los viñeros en dirección a la Casona. Seguiría fingiendo a sus padres, que no necesitaba de los hombres para sentirse completamente dichosa, aun qué obedecería a su madrastra a conocer igualmente íntimamente al primo Manolo y, según respondiera de potente su robusta polla, decidiría si le aceptaba como amante, antes de llevarle al altar cómo marido.

—Lo tengo claro, sí…

Pocos minutos después, por el corralón rodeó la Casona hasta la puerta de atrás, donde había unos escalones, que se apresuró a subirlos para comunicarse con el largo pasillo de habitaciones, cruzándose con la joven sirvienta de nombre Magdalena, con sus mismos años y, siendo algo más que amigas se saludaron amablemente las dos, ofreciéndose un cariñoso y suave beso en los labios, como acostumbraban a hacerlo saludándose caprichosas las dos.

—¡Hola, Lucía!

—¡Hola, Magdalena!

Antes de pasar dentro de su dormitorio Lucía, le pidió a la sirvienta que les hiciera saber a sus padres, que necesitaba descansar acostada sobre su confortable lecho, y le subiera un vaso de leche fresca y un calmante tranquilizante. La joven y atractiva sirvienta se echó a reír cariñosamente, mientras se abrazaron y se besaron de nuevo en los labios, como amigas que lo eran, desde bien pequeñas, sin ninguna turbación lesbiana en su sereno y bonito rostro.

—Eres tan buena conmigo, Magdalena.

—Sí, ahora mismo te subo el vaso de leche, Lucía.

—No olvides el calmante, Magdalena... Pues, necesito tranquilizarme los pensamientos sexuales, todavía confusos en mi despierta mente.

—¿Era guapo el mozo..., Lucía?

—Tanto como lo es tu novio y, habilidoso en todo lo sexual, como jamás hubiese imaginado en un muchacho obrero ferroviario, potente su robusta polla superando los quince centímetros, comunicándome un placer en el amor imposible explicártelo, Magdalena —aseguró Lucía, sin disminuir su emocionante sonrisa y, aceptando de nuevo los cálidos y sexuales labios de Magdalena, besándoselos suave en la boca.

—Eres tan caprichosa, Magdalena.

Sin pronunciar una palabra más ninguna de las dos, oscilando sus redonditas nalgas abandonaba el dormitorio Magdalena y, recorriendo el largo pasillo de habitaciones se cruzó con el señor Miguel; ella, saludándole sonriéndole atrevida como siempre, evidentemente el señor Miguel la detenía sujetándole por las redondas caderas; sus labios detrás de la oreja, preguntándole si se encontraba en su habitación Lucía, o bien, todavía seguía paseando por la finca sin rumbo fijo, tratando de encontrar a un guapo muchacho para tranquilizarle sus cálidos temperamentos de hembra castiza castellana caprichosa, se decidía a repartirle besitos por el cuello hasta el nacimiento de sus hermosos pechos, todo cuanto se lo permitía el pronunciado escote del vestido.

—Sí, se encuentra en su alcoba, pero algo nerviosa y deprimida; además, necesita descansar por el largo paseo hasta el río Duero, señor Miguel —se apresuró a hacérselo saber Magdalena, olvidándose de que sus manos descendieron hasta posarse sobre su redondito culito.

—Entonces, no ha encontrado al guapo muchacho y, posiblemente necesitará tranquilizarse masturbándose ella misma, como acostumbra a hacerlo cuando se encuentra deprimida y nerviosa —se lo comunicaba cauteloso al oído el señor Miguel, continuando sus manos palpándole su redondito culito—. Y, de ser así, me darán los masajes tus habilidosas manos, Magdalena...

—Como quiera, señor Miguel.

—Vamos a tú alcoba y, como nadie podrá sorprendernos, después de darme el completo masaje, sobre tu confortable lecho y completamente desnudo los dos, dejaré que me demuestres una vez más, lo bien que sabes gozar una hermosa y robusta polla con los labios y la lengua hasta provocarme mi